

CAPITULO LXXV.

Insurreccion de los moros de Murcia.—El rey de Granada procede con doblez respecto á su aliado el rey de Castilla.—Le declara este la guerra.—Triunfo de castellanos y aragoneses.—Matrimonios de los principes herederos de ambos reinos.—Embajada que recibe en Toledo D. Jaime el Conquistador.—Desastroso resultado de la expedicion que trató de emprender á la Tierra Santa.

Por el año 1261 y en ocasion que como en otros anteriores trataba el rey de Castilla de pasar á Alemania para hacer valer sus derechos á la corona imperial, estalló una formidable insurreccion entre los moros de Murcia y Andalucía, que le obligó, no solamente á atender con todas sus fuerzas á sofocarla, si que tambien á impetrar el auxilio de su suegro el rey de Aragon.

Indudablemente algunas demasias de los cristianos sobre gentes de suyo mal avenidas con el yugo del vencedor, debieron influir para que se alzaran contra el monarca de Castilla.

El rey de Granada, que á pesar de su amistad con D. Alfonso, no descuidaba la defensa de sus fronteras por si llegaba un dia en que aquellas buenas relaciones se quebrantaran, hallábase recorriendo, cuando le llegaron enviados de los musulmanes de varias poblaciones de Andalucía y de Murcia ofreciendo nombrarle su emir, si les ayudaba en la guerra que iban á emprender para romper la esclavitud en que se hallaban.

Ben-Alhamar, procediendo con suma cautela, y previo el parecer de su consejo, les dijo que se pusieran de acuerdo con todos sus hermanos de Niebla y del Algarbe al objeto de que la sublevacion fuera simultánea, con objeto de que, dividiendo sus fuerzas don Alfonso, pudieran conseguir su propósito con mayor facilidad, para lo cual él les ayudaria.

Hicieronlo así, y puestos ya de acuerdo, en un mismo dia y á una misma hora, en Murcia y en Andalucía se dió el grito de guerra á los cristianos» aclamando á Mohamed-ben-Alhamar.

D. Alfonso recibió la noticia de aquella formidable insurreccion, sufriendo extraordinariamente al saber que en todas partes eran degollados los cristianos ó arrojados de las plazas que ocupaban.

Los moros de Granada fueron en auxilio de los de Murcia y se apoderaron de la ciudad y en un brevísimo espacio, sin que bastara la heroica resistencia de algunos valientes caballeros y soldados, solamente Sevilla y Córdoba fueron las plazas que quedaron bajo la obediencia del rey de Castilla.

El monarca granadino, sin prestar ostensiblemente su apoyo á los sublevados, facilitábales grandes auxilios haciendo venir en su favor á los zenetes de Marruecos.

Y de tal manera supo manejarse, que D. Alfonso, creyéndole todavía su amigo, le pidió ayuda en virtud de los pactos que entre ambos mediaban.

Escusóse Ben-Alhamar en términos que dieron ya que sospechar al castellano y dió orden de que inmediatamente penetraran sus tropas en los dominios de aquel.

La guerra estalló de una manera formidable.

Las conquistas hechas por el santo rey, estaban próximas á perderse, y tal vez hubiera sido así á pesar del valor de los cristianos, á no haber comenzado la discordia en el campo musulman, á dividir sus fuerzas.

La preferencia dada por el granadino á los zenetes, irritó á varios walis que llevados de su resentimiento pusieron de parte del rey de Castilla, y este alentado con semejante refuerzo, embistió con mayor ímpetu y sus algaras, llegaron hasta las mismas puertas de Granada.

En un breve espacio cayeron de nuevo bajo el poder de D. Alfonso importantes poblaciones, como Jerez, San Lúcar, Arcos, Lebrija y otras, y mientras D. Jaime de Aragon á la invitacion hecha por su yerno para que le ayudase, reunia cortes de catalanes en Barcelona y de aragoneses en Zaragoza para demandar los subsidios necesarios para la guerra y reunir sus huestes, el castellano se dedicó á la guerra del Algarbe.

En estos dias, una flota castellana bajo el mando de D. Juan Garcia de Villamayor presentándose de repente delante de Cádiz, se apoderó de aquella importante poblacion.

El rey de Castilla vióse obligado, segun acabamos de decir, á demandar su auxilio al aragonés, y D. Jaime aprestóse inmediatamente para concedérselo.

Convocó cortes en Zaragoza al objeto de pedir los subsidios que necesitaba para el levantamiento y sosten de sus tropas.

Los catalanes concedieronle el subsidio del *bovatge*; pero los aragoneses comenzaron por exponerle las quejas y agravios que tenían sobre violaciones de sus derechos.

Las fórmulas usadas en estas cortes, eran que el monarca hiciera una vez reunidas, su *proposicion*, que equivalia á nuestro *discurso de la corona*, y en seguida cada uno de los brazos que tenía representacion en las cortes, exponia sus quejas y agravios.

D. Jaime trató en las cortes á que nos referimos, de prescindir de esto, de donde provinieron grandes desavenencias hasta llegar á un formal rompimiento.

D. Jaime al frente de sus tropas se dirigió á Murcia mientras que el castellano seguia en Andalucía peleando contra el emir granadino.

La conducta de D. Jaime en esta campaña fue prudente y demostraba su profunda experiencia en aquellos negocios.

Mientras empleaba el castigo con dureza respecto á los que se

le resistian, acogia afable y cariñosamente á los que se le entregaban, y de este modo fue poco á poco reduciendo aquel reino hasta poner cerco á la misma capital, que estaba formidablemente defendida y abundantemente abastecida.

Los musulmanes comprendieron que les seria imposible resistirse á la poderosa hueste del aragonés y se entregaron, á condicion de que serian perdonados, quedándose como estaban despues de haberse reducido la ciudad años antes al príncipe D. Alfonso de Castilla.

El monarca aragonés dividió la ciudad en dos cuarteles y envió mensajeros al rey de Castilla notificándole que ya tenía á Murcia y veinte y ocho castillos mas que habia rescatado, á su disposicion, marchándose despues á Valencia orgulloso y satisfecho con el brillante éxito de su expedicion.

D. Alfonso recibió estas noticias cuando sus armas habian obligado ya al monarca granadino á darse á partido, solicitando vistas en las que consiguió una tregua con condiciones bastante humillantes para quien tan altanero se habia mostrado y tan confiado en el buen éxito de su empresa.

Mientras tenían lugar estas guerras y en medio del estrépito de los combates, concertáronse dos matrimonios en Castilla y Aragon de los cuales no podemos prescindir de dar cuenta.

Fueron estos los de ambos principes herederos de estos reinos.

D. Pedro de Aragon habia de casarse con Constanza, hija de Manfredo, rey de Sicilia, matrimonio por medio del cual mas tarde el reino de Aragon habia de unir á sí, los estados sicilianos.

Grande oposicion hicieron á este enlace el papa Urbano IV y el rey de Francia, pero cuantos impedimentos quisieron poner uno y otro, llegaron tarde, pues ya se habia verificado el matrimonio.

El infante D. Fernando de la Cerda se casó con Blanca, hija segunda de san Luis, rey de Francia, difiriéndose la consumacion del matrimonio por tres años, en razon á la corta edad de los contrayentes.

Algun tiempo despues de estos sucesos viéronse los reyes de Aragon y de Castilla en Toledo con motivo de celebrar su primera misa el dia de Navidad de 1268, el infante D. Sancho, hijo del aragonés, el cual habia sido nombrado arzobispo de Toledo sin estar ordenado de presbítero.

Con grandes fiestas y regocijos solemnizóse este acontecimiento; en la dicha poblacion recibió D. Jaime la embajada que le mandaba el Khan de Tartaria, que habiéndose convertido al Cristianismo acudia á demandarle su auxilio para que le ayudara á reconquistar la Tierra Santa, empresa á la cual asistia tambien el emperador de Constantinopla, Miguel Paleólogo.

Mucho halagó al rey de Aragon semejante propuesta, y llevado, tanto de su espíritu religioso cuanto de su bélico ardor, comenzó á hacer los preparativos para la expedicion, procurando que su yerno el de Castilla, le diera su aprobacion y se uniese á él.

Mas D. Alfonso mostróse completamente contrario, y últimamente, al verle ya tan resuelto, porque no se dijera que habia dejado de prestar su apoyo á una empresa tan santa, le dió cien mil maravedís de oro, y cien caballeros de la orden de Santiago, para que bajo el mando de su maestre, D. Pelayo Correa, fueran acompañándole.

Ni los consejos de D. Alfonso, ni las súplicas de sus hijos, ni las reflexiones de algunos de sus caballeros, fueron bastantes á variar el propósito del aragonés, que aparejada la flota que habia de conducirle á él y á su hueste, partió del puerto de Barcelona en setiembre de 1269.

Desde el primer momento mostráronsele contrarios los elementos. Deshecha borrasca dispersó toda la escuadra y con graves averias la mayor parte de los bajeles, pudieron á duras penas y despues de infinitos trabajos, arribar al puerto de Aguas-Muertas en Francia.

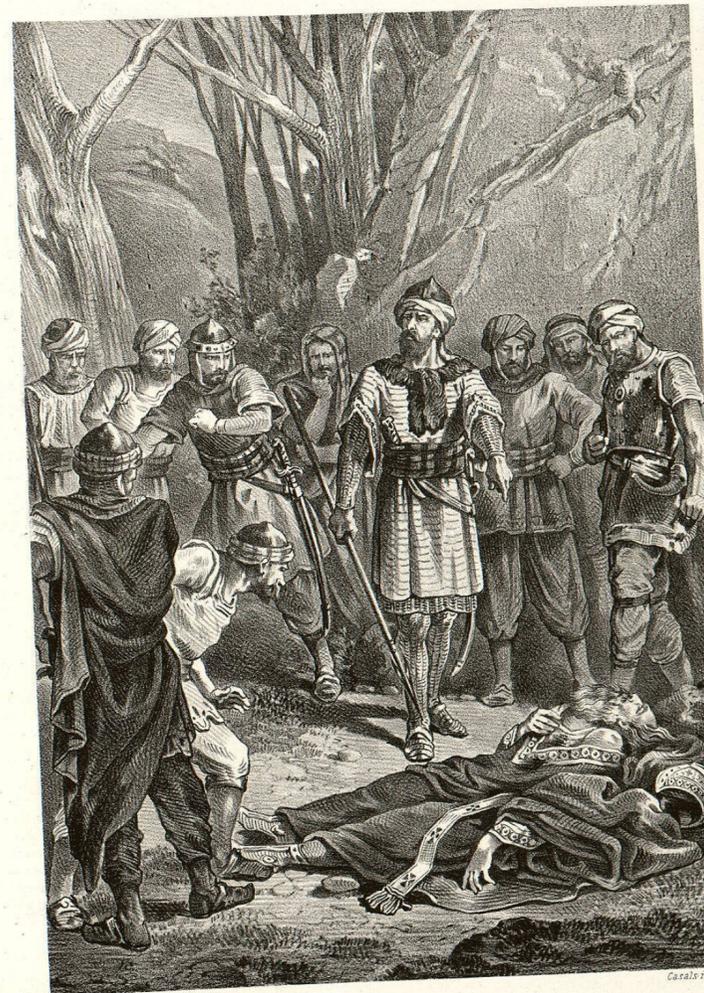
Desde este punto D. Jaime comprendiendo que no era la voluntad de Dios que hiciera aquel viaje, tornóse á Barcelona.

Una vez de regreso en sus estados, recibió la invitacion hecha por su yerno para que asistiera á la realizacion de las bodas de su hijo con Blanca de Francia.

Celebráronse estas en Búrgos con un aparato y ostentacion extraordinarios, no habiéndose visto jamás en Castilla tal concurrencia de principes y caballeros, tanto castellanos y aragoneses como extranjeros.

Halláronse presentes á estas nupcias los reyes de Aragon y de Castilla y los infantes de los dos reinos; D. Alfonso de Molina, tío del castellano; el príncipe de Francia, hermano de la desposada; el hijo del rey de Jerusalem, el príncipe de Inglaterra, segun cuentan algunos, el mismo Ben-Alhamar, rey de Granada y la emperatriz Maria, de Constantinopla, que poco tiempo antes vino á Castilla.

La misa la celebró el infante D. Sancho, de Aragon, como arzobispo de Toledo.



MUERTE DEL ARZOBISPO DE TOLEDO, D. SANCHO DE ARAGON.

Riera Editor. Barcelona. Robador. 24 y 26.

CAPITULO LXXVI.

Grave rebelion en Castilla.—Causa aparente de ella.—Debilidad de D. Alfonso.—Muerte del rey de Granada.—Guerras con los moros de Granada.—Muerte del principe heredero de Castilla.—D. Sancho usa el titulo de heredero del trono de Castilla en perjuicio de su sobrino, durante la ausencia de su padre.

Poco tiempo despues de verificadas las nupcias del principe don Fernando y en ocasion en que se hallaban en Valencia D. Alfonso y su esposa D.^a Violante, estallaron en Castilla serios disturbios promovidos por el conde D. Nuño Gonzalez de Lara, poderoso magnate enlazado con los vínculos del parentesco ó de la amistad con gran número de caballeros, que en su mayor parte pusieron á su lado en el momento del alzamiento con la esperanza de obtener nuevas concesiones.

El motivo aparente que para su rompimiento dió el de Lara, fue el desabrimiento con que el monarca escuchara su opinion contraria á que se relevase al rey de Portugal del feudo y homenaje que prestaba al de Castilla, feudo y homenaje de que se le relevó por fin.

Pero la verdad es que ni el rey castellano daba grandes motivos de placer á sus vasallos, ni estos tampoco eran todo lo prudentes que debieran.

El conde D. Nuño, de carácter discolo, inquieto, desagradecido y ambicioso, habia procurado ya indisponer al monarca de Castilla tanto con el rey de Granada como con el de Aragon, obedeciendo solamente á su carácter inquieto y altanero y al deseo de influir únicamente en el ánimo del rey.

Apenas se puso en armas contra su soberano, uniéronse sus parientes y amigos, y aun tuvo astucia bastante para atraerse al infante D. Felipe, hermano del Rey, que despues de haber enviado de la princesa Cristina de Noruega, casóse con una señora de la estirpe de la casa de Lara.

En Lerma, villa del señorío de D. Nuño, reuniéronse hasta diez y siete ricos-hombres, donde cada uno expuso las quejas que contra el Monarca tenia, y en esta reunion quedó acordado que el infante D. Felipe procurara hacer entrar en la liga al rey de Navarra, lo que no pudo conseguirse.

En Murcia tuvo noticias el Rey de lo que sucedia, y en vez de caer con todo el peso de su cólera sobre los conjurados envióles mensajes que sirvieron solamente para ponerles sobre aviso y obligarles á que fuesen mas recatados, hasta el momento en que tuviesen fuerza bastante para atacar frente á frente al soberano, lo que entonces hubiera sido imprudente.

Todavía hizo mas el monarca de Castilla. En vez de volver á su reino para enterarse y atender con mayor cuidado á los negocios de él, fuése á Alicante á avistarse con su suegro, á fin de escuchar su opinion sobre si debía prestar su ayuda al rey de Granada ó á tres de sus walies, que puestos en lucha con su soberano, habianle demandado tambien su ayuda.

Pero los conspiradores, ya con tiempo, habianse ofrecido al granadino pidiéndole á su vez ayuda, y cuando D. Alfonso regresó á sus estados, saliéronle á recibir completamente armados, no como quien va á dar parabienes, sino como quien llega á exigir el cumplimiento de ofertas pactadas de antemano.

El rey prosiguió cometiendo la debilidad de transigir á medida que ellos iban exigiendo, y como los unos lo que no querian era conformarse, y el otro temia verse envuelto en los horrores de una nueva guerra civil, cuando ya los unos no tuvieron que pedir ni el otro que conceder, saliéronse bruscamente de Búrgos y desnaturalizándose de Castilla, segun el fuero les autorizaba, marcháronse á Granada donde se les hizo un gran recibimiento por lo importante que era su llegada.

Con el auxilio de ellos trató el rey de Granada de sujetar á los walies rebeldes á quienes protegía el castellano: mas este, que no cesaba de mandarles mensajeros consiguió que comenzaran á vacilar, y Ben-Alhamar comprendió que no podía fijarse gran cosa de los magnates castellanos. En su consecuencia envió á demandar socorros á los beni-merines de Africa, mas sin esperar su llegada, empeñóse en salir á combatir á los rebeldes, y aun cuando al primer caballero que pasó por la puerta se le quebró la lanza contra las bóvedas de ella, lo cual era de funesto augurio entre los musulmanes, prosiguió su marcha la guerrera hueste.

Desgraciadamente el augurio se realizó.

Ben-Alhamar cayó gravemente enfermo y espiró bajo una tienda que hubo que alzar en medio del campo, en 1273, de igual modo que murió el emperador Alfonso VII de Castilla cerca del puerto de Muradal.

Su hijo y sucesor Mohamed II, tomó el mando del ejército, y consiguió derrotar cerca de Antequera á los árabes rebeldes, regresando triunfante á Granada, donde hizo grandes mercedes á los caballeros cristianos que le habian acompañado, pues á su esfuerzo debió en gran parte la victoria.

En las cortes que celebró en Almagro el rey de Castilla en 1272 alivió á sus pueblos de algunos tributos, precisamente de aquellos en que fundaban sus quejas los nobles rebeldes, pero ni esta nueva debilidad del Monarca fue bastante á desarmarlos; por el contrario, acreciendo en brios, no renunciaban á su rebeldía mientras no quedaran cumplidas sus exigencias, por lo cual, enojado ya el Monarca, hizo un llamamiento general á sus vasallos y se dispuso á emprender la guerra contra ellos.

En este estado, y temerosos unos de otros, tanto el granadino que auxiliaba á los rebeldes, como el rey de Castilla, que contaba con los walies disidentes, abriéronse negociaciones que dieron por resultado el ajuste de paz entre el rey de Castilla y el de Granada, satisfaciendo D. Alfonso todas las exigencias de sus magnates, que solamente de ese modo volvieron á su servicio con gran desprestigio de la magestad real.

Despues de esto, fue cuando el monarca castellano emprendió su desdichado viaje al Languedoc, de que ya hemos hablado en otro lugar.

Terribles acontecimientos ocurrieron en los estados de D. Alfonso durante su ausencia.

El rey de Granada se alió con el de los beni-merines Yacub-Abu-Yussuf para arrojar á los cristianos de Andalucía, y bien pronto con poderosa hueste desembarcó el africano, emprendiendo su marcha hácia las poblaciones de los cristianos, creyéndolas ya una presa segura.

Gobernada la monarquía durante la ausencia de D. Alfonso por su hijo el primogénito D. Fernando, que daba muestras de gran cordura y discrecion, tenia por adelantado en la frontera al conde D. Nuño Gonzalez de Lara, el antiguo rebelde y el amigo del rey de Granada.

Con la escasa gente que tenia, salió á detener el empuje de la morisma, pero envuelto por todas partes perdió la vida con los cuatrocientos escuderos que le acompañaban, despues de haber peleado valerosamente.

Yacub hizo que le cortaran la cabeza y la envió á Mohamed, quien al verla, dicen las crónicas que hizo grandes muestras de sentimiento por el trágico fin del caballero, y dijo: «No merecia tal muerte mi buen amigo.»

La noticia de semejante contratiempo obligó al infante D. Fernando á hacer un llamamiento general á los nobles de su reino para combatir al infiel, y puesto al frente del ejército salió de Búrgos, pero al llegar á Villa-Real (Ciudad-Real), cayó enfermo y murió á breves dias (agosto de 1275), encargando á D. Juan Nuñez de Lara, hijo mayor de D. Nuño, que cuidase de que su hijo le sucediese en el trono.

Para evitar que esto sucediera, D. Sancho, el otro hijo de don Alfonso y hermano del muerto, se apresuró á marchar á Villa-Real, y ganando á varios magnates, entre ellos á D. Lope Diaz de Haro, empezó á titularse en los despachos, *hijo mayor del Rey, sucesor y heredero de estos reinos*.

Su ambicion era igual á su bravura, y en su consecuencia, á la vez que procuraba escalar un trono que no le pertenecia, decidió proseguir la empresa de su malogrado hermano, para lo cual siguió con el ejército, ordenando que se aprestase en Sevilla la flota cristiana para impedir que los infieles recibieran nuevos socorros de Africa.

Casi á la par que tenian lugar estos sucesos una nueva desgracia llegó á afligir á los cristianos.

El prelado de Toledo, D. Sancho de Aragon, con mas celo que prudencia y mas ardor bélico que destreza para luchar con buen éxito, al saber que los musulmanes estaban talando la rica comarca de Jaen, sin esperar á que D. Lope Diaz de Haro que acudia con gran golpe de soldados, se le uniera, acometió con escasa fuerza á los enemigos, siendo derrotado y cayendo vivo en su poder con buen número de caballeros.

Disputaron los africanos y los andaluces sobre cuál de los dos habia de llevarse al arzobispo, cuando el emir Aben-Nasar, terciando en la cuestion, atravesó con su lanza al buen prelado, cortando de este modo la contienda.

Al dia siguiente D. Lope Diaz de Haro vengó cumplidamente semejante ultraje, haciendo huir á los que le cometieron, y arrebatando el guion del prelado, que aquellos llevaban, causándoles gran mortandad.

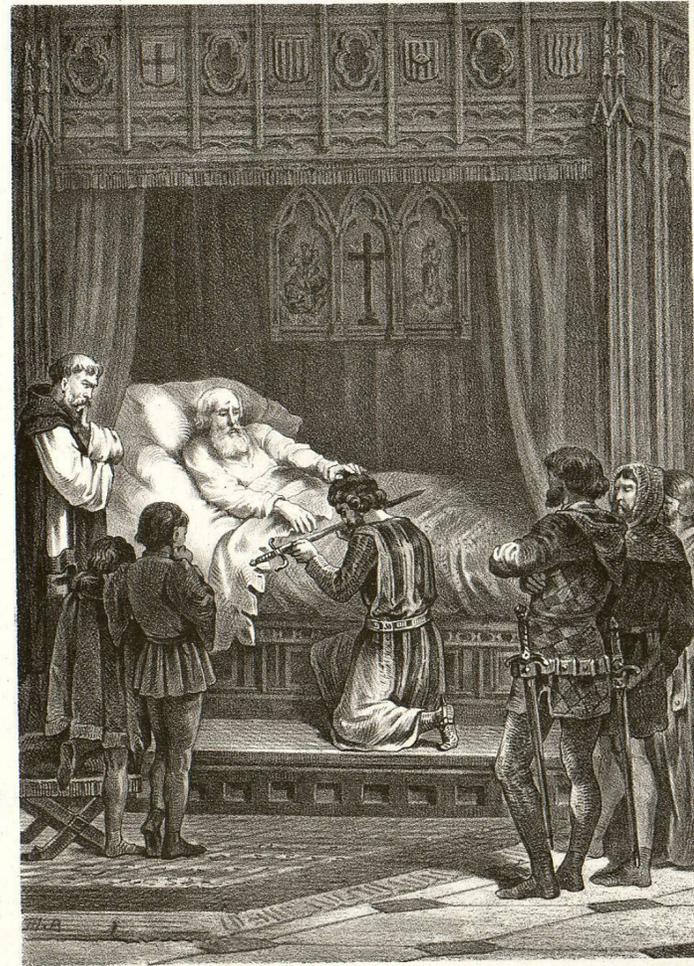
En esta situacion tan poco satisfactoria, encontróse D. Alfonso su reino al regresar de su viaje.

D. Sancho habia tomado mientras tanto tan acertadas medidas en la frontera, que los africanos comprendieron que no les seria fácil obtener lo que se propusieron, y en su consecuencia procuraron avenirse con los cristianos sin cuidarse para nada de su aliado el rey de Granada.

Así fue que aceptaron la tregua que el rey de Castilla les propuso, reteniendo en su poder las plazas de Tarifa y Algeciras.

El rey de Granada que se veia solo, y que ya el rey de Aragon enviaba socorros á su yerno, estando amenazado por lo tanto de no salir bien librado en la nueva lucha que forzosamente habia de entablar, solicitó el ser comprendido tambien en aquel tratado.

D. Alfonso no tuvo inconveniente en acceder, puesto que los asuntos del reino requerian que se cuidase de ellos con algun detenimiento, y en su consecuencia, despues de algunos mensajes, quedó definitivamente acordada la tregua entre los tres soberanos de Castilla. Granada y Fez por espacio de dos años, á contar desde 1276 en que tuvo lugar este hecho.



D. JAIME ENTREGA SU ESPADA Á SU HIJO D. PEDRO.